

La ofensiva de bombardeo aéreo contra el Japón

Por **LUIS RICO DE SANDOVAL**
Capitán de Aviación.

Antes de entrar en el examen de la ofensiva de bombardeo aéreo contra el Japón, empecemos por recordar, a grandes rasgos, cómo se desarrollaron los acontecimientos en la campaña del Pacífico. Y, en relación con ellos, parece interesante exponer las bases en que se apoyaba el plan estratégico de conjunto de los directores japoneses de la campaña, bases que han sido resumidas en la siguiente forma en el informe estadounidense sobre el bombardeo estratégico:

1) La amenaza rusa sobre el flanco de Manchuria podía considerarse neutralizada por la victoriosa campaña alemana en Europa, que incluso podía llevar al completo colapso de la U. R. S. S.

2) Consideraban que la postura defensiva de Inglaterra en aquel momento era tan difícil que, aunque sobreviviese a ella, todo su potencial bélico se emplearía en un esfuerzo desesperado para proteger el territorio de la metrópoli.

3) Las Fuerzas que los Estados Unidos y sus aliados podrían desplegar inmediatamente en el Pacífico serían insuficientes para evitar que el Japón pudiera ocupar, en los tres o cuatro primeros meses de campaña, toda el área encerrada dentro del perímetro formado por Birmania, Sumatra, Java, el norte de Nueva Guinea, el archipiélago de Bismarck, las islas Gilbert, las Marshall, Wake, y al norte por las Kuriles.

4) China, al resultar cortada la para ella importantísima vía de Birmania, quedaría aislada y tendría que negociar la rendición.

5) Como los Estados Unidos estaban obligados a ayudar a la Gran Bretaña, y, por otra parte, debilitados por el ataque a Pearl Harbour, no podrían movilizar fuerzas suficientes para pasar a la ofensiva en el Pacífico hasta transcurridos dos años o poco menos, tiempo que consideraban suficiente para fortificar sólidamente el perímetro de las conquistas japonesas antes citado y para establecer las bases y aeródromos avanzados que fueran necesarios. Dicho perímetro, así fortificado, sería además respaldado por una poderosa fuerza móvil de portaaviones, cuya base se establecería en Truk.

6) Mientras que la obstinada defensa que

se haría del perímetro de la zona conquistada debilitaría la determinación americana de continuar la guerra, los nipones habrían procedido rápidamente a la extracción de grandes cantidades de petróleo, bauxita y otros minerales en Birmania, Filipinas e Indias holandesas, trasladando estos productos al Japón para alimentar y fortalecer tanto a su industria como a su máquina militar.

7) Estimaban los japoneses que un régimen democrático como el de los Estados Unidos privaría a éstos de la firmeza y la fuerza necesarias para mantener cualquier ofensiva continuada, ante las durísimas pérdidas que les causaría la fanática resistencia de los soldados japoneses, y, en su consecuencia, llegarían a un convenio que permitiera al Japón conservar la parte sustancial de sus conquistas territoriales.

Ningún dirigente japonés creyó en la posibilidad de que, dentro de un plazo previsible, el Japón pudiera invadir los Estados Unidos y dictarle así las condiciones de paz. Es más, estimaban que la fuerza naval japonesa habría de aprovecharse al máximo para poder proporcionar apoyo logístico al plan antes expuesto, y sería completamente insuficiente para cualquier otro intento más ambicioso, a no ser que las operaciones iniciales se desarrollaran de una forma inesperada por lo extraordinariamente favorable. Por tanto, estas bases llevaban a una guerra cuya terminación debía ser una negociación, lo que la podría prolongar indefinidamente, con el consiguiente riesgo de una derrota, y parece que se expresaron dudas sobre la conveniencia de un plan semejante pero los que las sustentaran se debieron ver envueltos y arrastrados por la más dinámica opinión contraria.

La iniciación de la campaña por parte japonesa—el ataque a Pearl Harbour antes de la declaración formal de guerra—no fué un ataque a la población civil de una ciudad, sino una acción (realizada con éxito, por cierto) contra la Fuerza naval americana del Pacífico. Pero Pearl Harbour, aunque de momento fuera un éxito táctico, dejó intacto lo esencial de los recursos militares e industriales estadounidenses, por lo que no limi-

tó la capacidad bélica americana en el grado necesario para que fuera real la afirmación del punto quinto anteriormente expuesto.

Inmediatamente después del ataque de Pearl Harbour, el Poder aéreo aliado en las Filipinas, Malaya e Indias holandesas fué virtualmente eliminado, en el suelo principalmente, en cuestión de días, según el mismo informe americano citado, y una vez desaparecido dicho Poder aéreo, toda aquella gran zona pudo ser ocupada en pocas semanas a costa de unas bajas japonesas de menos de 15.000 soldados muertos y de 381 aviones perdidos por todas las causas (tanto por derribos como por accidentes, etc., etcétera). Este rápido y victorioso avance se logró por la acción combinada de relativamente pequeñas, pero muy entrenadas fuerzas terrestres, navales y aéreas, y ni antes de él ni durante el mismo hubo necesidad ni ocasión de llevar a cabo una ofensiva de bombardeo aéreo estratégico. El bombardeo de poblaciones que hubo (por ejemplo, Rangún) fué de relativamente pequeña consideración y se hizo inmediatamente delante de las tropas atacantes. Los japoneses no tuvieron por qué destruir poblaciones que sabían habían de conquistar intactas, y Manila, Rangún y Singapur fueron ocupadas sin haber sufrido grandes daños. Y es posible que los japoneses no hubieran destruido estas ciudades aunque, de hacerlo, hubiesen parecido probables algunas ventajas militares, dado que la política nipona en las zonas de ocupación fué la de favorecer los sentimientos de solidaridad asiática y anti-europeos. Esta política produjo sus frutos con la aparición de movimientos nacionalistas pro-japoneses en Birmania e Indonesia, y no habría sido muy sensato por parte de los nipones el atacar a poblaciones civiles a las que veían, y en muchos casos lo eran, como aliados ante sus adversarios.

La carrera triunfal de conquistas japonesas sufrió su primer revés decisivo en mayo de 1942, en la batalla naval del Mar del Coral. Allí terminó la expansión nipona, y a partir de aquel momento, ganando poco a poco en intensidad, apareció y se fué imponiendo la contraofensiva aliada, llevada por los ingleses en Birmania, y, principalmente, por los americanos en el Pacífico, en aquella sucesión de características acciones que permitieron a los estadounidenses ir saltando de isla en isla a través del océano,

cerrando cada vez más el cerco de la metrópoli japonesa. En estas acciones cooperaron íntimamente unidas fuerzas aéreas, terrestres y navales, proporcionando abundantes experiencias sobre la forma de llevar a cabo esta cooperación entre los tres Ejércitos, así como del empleo táctico de la Aviación. De este tipo de acciones, de diferente importancia, naturalmente, según los casos, continuaron siendo todas las realizadas contra los japoneses hasta marzo de 1945, en que dió principio la ofensiva de bombardeo pesado contra la metrópoli japonesa, ofensiva que debería haber sido el preludio de la invasión del archipiélago nipón y de la que vamos a ocuparnos a continuación.

El potencial bélico nipón ya estaba muy considerablemente reducido en el momento de empezar esta ofensiva aérea. La industria japonesa, que, a pesar del considerable incremento que había tomado antes de la guerra, al iniciarse ésta no pasaba de ser un 10 por 100, aproximadamente, de la de los Estados Unidos, había mejorado momentáneamente al iniciarse la contienda por la mayor cantidad de materias primas de que pudo disponer, gracias a las conquistas niponas, así como de nuevas instalaciones en las zonas de ocupación; pero la contraofensiva americana la hizo perder estos nuevos suministros e instalaciones, a la vez que el riguroso bloqueo la redujo aún más en sus actividades. Las importaciones de petróleo fueron prácticamente suprimidas en abril de 1945; como los depósitos de petróleo bruto estaban virtualmente exhaustos, las refinerías apenas si trabajaban, y habiendo llegado las reservas de gasolina de aviación a ser menores de 1.500.000 barriles, se ordenó un corte radical en los programas de entrenamiento del personal volante, e incluso en los servicios de guerra de la Aviación japonesa. Las importaciones de bauxita bajaron de 136.000 toneladas en el segundo trimestre de 1944, a 30.000 en el tercero, y en noviembre del mismo año el nivel medio de la producción bélica nipona se empezaba a hundir materialmente, incluso las de mayor necesidad, como la de motores de aviación.

La Armada japonesa había quedado reducida a una pequeña parte en comparación con la del principio de la contienda, pues de los 381 navíos, con un total de 1.250.000 toneladas con que contaba al iniciar la guerra, y a las que se añadieron, durante ésta,

otros 800 barcos, que representaban 1.000.000 más de toneladas, le fueron hundidos cerca de 600, con un total de poco menos de 2.000.000 de toneladas; solamente una s 250.000 toneladas le quedaban a flote al final de la campaña, y como después de la conquista de las Filipinas y Okinawa por parte de los americanos las importaciones de petróleo en el Japón quedaron completamente cortadas, una gran parte de estos pocos barcos de guerra fueron anclados y cubiertos de camuflaje para ser utilizados exclusivamente como plataformas antiaéreas; a partir de marzo de 1945 casi puede decirse que la Armada nipona sólo conservaba en condiciones de eficiencia algún portaaviones empleado como base de los aviones suicidas llamados kamikaze, y otras embarcaciones de superficie o submarinas, también especialmente adaptadas para ataques suicidas y cuya utilización preveían los japoneses para el caso de un posible intento de invasión del archipiélago metropolitano por parte de los aliados. Y la Marina mercante, a la que se podía considerar como inmovilizada por el bloqueo, veía descender sus efectivos continuamente y con alarmante rapidez, hasta el punto de que al final de la guerra el total de su tonelaje era solo poco mayor del 10 por 100 del que tenía al empezarla; aproximadamente nueve millones de toneladas le fueron hundidas o tan seriamente averiadas, que se podían considerar inutilizadas. El 54 por 100 de esta cantidad fué debido a la acción de los submarinos y el 40 por 100 a la de los aviones, bien directamente o bien por minados realizados desde el aire.

No se deben perder de vista estos resultados al juzgar los efectos de la ofensiva aérea de bombardeo sobre el Japón.

Este gran ataque no se pudo empezar mientras las bases aéreas americanas estuvieron a más de 1.500 millas del objetivo. Los raids de aviones B-29 dieron principio en pequeña escala en noviembre de 1944, pero hasta fines de febrero de 1945 sólo se habían arrojado 8.000 toneladas, y éstas sobre objetivos de extensión muy reducida, tales como fábricas de aviones, etc. La campaña de ataques en masa sobre las ciudades japonesas empezó el 9 de marzo de 1945 con un imponente ataque sobre Tokio, que es el más devastador ataque que se ha llevado nunca a cabo, incluso más que los realizados con las bombas atómicas, como pue-

de verse en el cuadro a continuación, en el que se comparan los efectos de este ataque y los de Hiroshima y Nagasaki:

	Tokio	Hiroshima	Nagasaki
Aviones atacantes	279	1	1
Bombas arrojadas.	1.667 toneladas de bombas ordinarias.	Bomba atómica.	Bomba atómica.
Muertos y desaparecidos.	83 600	70 a 80.000	35 a 40.000
Heridos.	102.000	70.000	40.000

	Tokio	Hiroshima	Nagasaki
Densidad de población por milla cuadrada....	130.000	35.000	65.000
Millas cuadradas destruidas.....	15,8	4,7	1,8
Mortalidad por milla cuadrada.....	5.300	15.000	20.000
Total de bajas por milla cuadrada.....	11.800	32.000	43.000

Vamos ahora a resumir en cifras esta ofensiva de bombardeo aéreo contra la metrópoli nipona desde el 9 de marzo de 1945 hasta el 6 de agosto del mismo año, fecha en que fué lanzada la primera bomba atómica sobre la ciudad de Hiroshima.

El total de bombas arrojadas por la Aviación aliada en el Pacífico fué de 660.000 toneladas, el 24 por 100 de las cuales (160.000 toneladas) lo fueron sobre el archipiélago japonés; de estas últimas, la cantidad lanzada en cada mes fué aumentando progresivamente, desde 13.800 toneladas en el de marzo hasta 42.700 en el de julio. De las 160.000 toneladas lanzadas sobre la metrópoli, aproximadamente 100.000 lo fueron sobre sesenta y seis poblaciones - las otras 60.000 sobre objetivos industriales y otros típicamente militares. Unas 220.000 personas de la población civil fueron muertas, lo que representa una proporción de 1,3 muertes por cada tonelada de bombas lanzada, y alrededor de la cuarta parte de la pobla-

ción de las ciudades fué evacuada o huyó de ellas, lo que dió lugar a un movimiento de una masa de unos ocho millones y medio de personas. El número de casas destruídas fué alrededor de tres millones, incluyendo, tanto las destruídas directamente por los bombardeos como las que lo fueron por los propios japoneses para crear cortafuegos, y la disminución conseguida en la producción industrial por estos ataques varió entre un ochenta por ciento, aproximadamente, de los valores anteriores a la ofensiva en las fábricas de motores de aviación y refinerías de petróleo, y de un diez a un veinte por ciento para las industrias de metales ligeros, químicas y del acero.

Ya hemos dicho que esta ofensiva aérea contra el Japón consistió en ataques contra diferentes objetivos militares, a veces de reducida extensión, a la vez que ataques de destrucción sobre poblaciones. Es lógico suponer que tanto una como otra clase de ataques contribuyeron al éxito de la ofensiva, pero es difícil determinar en qué grado lo hicieron cada una de ellas y lo mismo puede decirse de las acciones que se realizaron contra el transporte, y así lo reconoce el informe norteamericano de que al principio hablábamos, al decir que en muchos aspectos de la economía nipona los efectos de esas clases diferentes de ataques se acumulaban en conjunto: buena parte de las refinerías estaban faltas de petróleo, las fábricas de acero faltas de mineral y de carbón, las de municiones carentes de acero y de aluminio, y así otras muchas. La economía japonesa, decía el referido informe, fué en buena parte destruída dos veces, una por el corte de suministros y otra mediante el ataque aéreo directo. En otra parte del mismo informe se afirma que, aunque no se hubiera producido el ataque aéreo directo a las industrias y ciudades, el nivel de la producción bélica nipona habría descendido en agosto de 1945 un cuarenta o un cincuenta por ciento por debajo del más alto logrado en 1944, sólo a causa del corte de las importaciones marítimas.

Son dignas de tener en cuenta las condiciones bajo las que se desarrolló esta ofensiva de bombardeo aéreo. En primer lugar, la supremacía aérea americana era completa sobre los territorios aún ocupados por los japoneses, aparte de su metrópoli, y estaba ya parcialmente conseguida sobre ésta. A

consecuencia de esta supremacía había poco peligro de un contraataque decisivo ni siquiera sobre las bases aéreas avanzadas desde las que se pudiera estar preparando el asalto al Japón. La superioridad en la producción bélica por parte de los atacantes era abrumadora, lo que permitió que la ofensiva se planeara sobre la base de ir constantemente incrementándose en su desarrollo. La nación atacada estaba ya fuertemente quebrantada por los duros años de lucha transcurridos, que la habían llevado al borde del colapso económico. Es también de notar que la potencia atacante no esperaba ninguna ayuda por parte de la población atacada, lo que señala una diferencia con la conducta que esperaban los japoneses de la población de las zonas que ocuparon durante su campaña de expansión 1941-42. En ella, los nipones obtuvieron frecuentemente una ayuda activa de una parte muy considerable de dicha población, cuyos sentimientos antieuropeos y panasiáticos fueron hábilmente explotados. Aparte de otras muchas razones (diferencia de condiciones, medios y elementos, etc., etc.), ésta pudo ser una más para que no fuera utilizada por parte de los japoneses esta táctica de los bombardeos en masa, empleada, en cambio, por sus adversarios.

El 6 de agosto de 1945 fué lanzada sobre Hiroshima la primera bomba atómica, el 9 del mismo mes la segunda sobre Nagasaki y a los cinco días, el 14, el Japón se rendía incondicionalmente. La gran ofensiva aérea que empezó en marzo de 1945 contra él desde las islas Marianas, no sólo aceleró extraordinariamente el colapso de su potencial bélico y económico, sino que, según el informe estadounidense, varias veces referido, había un elevadísimo porcentaje de probabilidades de que hubiera dado lugar a la rendición del Japón en el verano o el otoño de 1945, aunque no se hubieran llegado a lanzar las bombas atómicas ni se hubiese producido el ataque de Rusia en la Manchuria.

Claro que toda victoria bélica se consigue por un conjunto de esfuerzos que, realizados en diferentes acciones y por distintos poderes, se dirigen todos ellos al mismo fin de conseguir la derrota del adversario y es prácticamente imposible determinar exactamente qué proporción de la victoria que se consiga corresponde a cada uno de ellos.